

para un mediano resultado! Es la condición natural del hombre. Al término de todo, vemos venir ahora el dolor y la agonía. Hacía tiempo que le atormentaban sin descanso el mal de piedra y la gota; las piernas se le erisipelaron. Hacía el mes de Abril de 1700 trató de salir, y se le gangrenaron los pies. Se quiso intentar la operación, pero el creyó que lo que le quedaba de salud y de felicidad no valía la pena. Murió á los sesenta y nueve años.

## CAPITULO III

### La Revolución.

- I.—La revolución moral del siglo XVIII.—Cómo acompaña á la revolución política.
- II.—Brutalidad del pueblo.—La ginebra.—Los tumultos.—Corrupción de los grandes.—Las costumbres políticas.—Traiciones bajo Guillermo y Ana.—Venalidad bajo Walpole y Bute.—Las costumbres privadas.—Los libertinos.—Los ateos.—*Cartas de lord Chesterfield*.—Su cultura y su moral.—*La ópera de la Hampa*, por Gay.—Sus elegancias y su sátira.
- III.—Principios de la civilización en Francia y en Inglaterra.—La conversación en Francia.—Cómo condujo á una revolución.—El sentido moral en Inglaterra.—Cómo condujo á una reforma.
- IV.—La religión.—Las apariencias visibles.—El sentimiento profundo.—Cómo la religión es popular.—Cómo es viva.—Los arrianos.—Los metodistas.
- V.—El púlpito.—Medianía y eficacia de la predicación.—Tiltson.—Su pesadez y su solidez.—Barrow.—Su afluencia y su minuciosidad.—South.—Su acritud y su energía.—Comparación de los predicadores de Francia con los de Inglaterra.
- VI.—La teología.—Comparación de la apologética francesa con la inglesa.—Sherlock, Stillingfleet, Clarke.—La teología no es especulativa, sino moral.—Los espíritus más grandes están con el cristianismo.—Impotencia de la filosofía especulativa.—Berkeley, Newton, Locke, Hume, Reid.—Desarrollo de la filosofía moral.—Smith, Price, Hutcheson.
- VII.—La constitución.—El sentimiento del derecho.—*Tratado del gobierno*, por Locke.—La teoría del derecho personal es aceptada.—Cómo la sostienen el temperamento, el orgullo y el interés.—La teoría del derecho personal es aplicada.—Cómo

la ponen en práctica las elecciones, los periódicos y los tribunales.

VIII.—La tribuna.—Energía y rudeza de esa elocuencia.—Lord Chatham.—Junius.—Fox.—Sheridan.—Pitt.—Burke.

IX.—Resultado del trabajo del siglo.—Transformación económica y moral.—Comparación de los retratos de Reynold y los de Lely.—Doctrinas y tendencias contrarias en Francia y en Inglaterra.—Los revolucionarios y los conservadores.—Juicio de Burke y del pueblo inglés sobre la Revolución francesa.

Con la revolución de 1688 aparece en Inglaterra un nuevo espíritu. Lenta, gradualmente, la revolución moral acompaña á la revolución social: el hombre cambia al mismo tiempo que el Estado, en el mismo sentido y por las mismas causas; el carácter se acomoda á la situación, y poco á poco se ve dominar en las costumbres y en las letras el espíritu serio, reflexivo, moral, capaz de disciplina y de independencia, que es el único que puede afianzar y consolidar una constitución.

## I

No fué sin trabajo; y á primera vista parece que Inglaterra no ganó nada con esa revolución de que está tan orgullosa. El aspecto de las cosas bajo Guillermo, Ana y los dos Jorges, es repulsivo; dan tentaciones de juzgar como Swift: se sospecha que, si pintó el Yahu, es porque le vió; desnudo ó paseando en coche, el Yahu no tiene nada de atractivo. No se ve más que corrupción arriba y brutalidades abajo: una gavilla de intrigantes manejando un populacho de brutos. La bestia humana, inflamada por las pasiones políticas,

se desata en gritos y en violencias, quema en efigie al almirante Bryng, exige su muerte, quiere destruir su casa y su parque, oscila de un lado para otro bajo el imperio de cada partido, y con su ciego impulso parece dispuesta á demoler la sociedad civil. Cuando se somete á juicio al doctor Sacheverell, los matarifes, los barrenderos, los deshollinadores, las rameras y toda la gentuza, figurándose que peligra la Iglesia, le acompañan con rugidos de cólera y de entusiasmo, y por la noche se dan á quemar y saquear los templos de los disidentes. Cuando, á despecho de la opinión popular, se pone á Lord Bute en lugar de Pitt, las turbas le apedrean, y él tiene que rodear su coche de una fuerte guardia de hombres de puños. A cada accidente político se oye el estallido del motín, se ven apreturas y atropellos, puñetazos, descalabraduras. La cosa se empeora cuando está en juego el interés personal del pueblo. La ginebra se inventó en 1684, y medio siglo después (1) Inglaterra consumía siete millones de galones. Las muestras de los despachos invitaban á la gente á emborracharse por una cantidad infima, y los dueños de los establecimientos arrastraban á los que caían á una cueva, donde dormían la mona. No se atravesaba las calles de Londres sin tropezar con miserables inertes, insensibles, que yacían en el arroyo, expuestos á morir ahogados en el fango ó aplastados por los coches, á no ser por la caridad de los transeuntes. Se quiso moderar ese furor con un impuesto. Fué en vano: los jueces no se atrevían á condenar, los denunciadores eran asesinados. La Cámara cejó, y Walpole, temiendo una revuelta, retiró su ley. Todos esos legistas de peluca solemne y adornados de armiño,

(1) 1742. Informe de Lord Lonsdale.

esos obispos con sus encajes, esos Lores con sus bordados, todo ese rozagante gobierno va haciendo equilibrios sobre el lomo de un bruto enorme y temible, que por lo común camina dócilmente, aunque gruñendo, pero que de pronto, por un capricho, puede sacudirle y aplastarle. Bien se vió en 1780, durante el motín de Lord Gordon. Sin razón ni dirección al grito de *¡abajo los papistas!*, el populacho sublevado demolió las prisiones, soltó los criminales, maltrató á los Pares y se ensfloreó de la ciudad durante tres días, incendiando, saqueando y emborrachándose. Los toneles de ginebra desfondados formaban arroyos en las calles. Mujeres y niños de rodillas bebían hasta no poder tenerse. Unos se volvían furiosos, otros se desplomaban estúpidos, y las casas incendiadas acababan por abrasarlos ó sepultarlos. Once años después, en Birmingham, saquearon y destruyeron las casas de los liberales y de los disidentes, y al otro día se los vió tendidos á montones, borrachos como zaques, por las callejuelas y los caminos. Son peligrosos los movimientos del instinto en esa raza demasiado robusta y nutrida. El toro popular caía como una mole sobre el primer trapo rojo que creía ver.

La alta sociedad valía un poco menos que la baja. Si no hubo revolución más bienhechora que la de 1688, tampoco la hubo que fuese impulsada y sostenida por más indignos resortes. Por todas partes se ve la traición, y no simple, sino doble y triple. Bajo Guillermo y bajo Ana, almirantes, ministros, gentiles hombres del consejo, favoritos de la antecámara, todos están en correspondencia y conspiran con los Estuardos, á quienes han vendido ya, sin perjuicio de volver á venderlos, por una complicación de tratos que van destruyéndose los unos á los otros y por una complica-

ción de perjurios que van sobrepujándose los unos á los otros, hasta que nadie sabe ya con quién está, ni quién es. El más gran capitán del tiempo, el duque de Marlborough, es de los entes más viles que la historia presenta, un hombre mantenido por sus concubinas, un administrador económico de la paga que ellas le dan, un infame que roba á sus soldados, que trafica con los secretos de Estado, que hace traición á Jacobo, á Guillermo, á Inglaterra, y es capaz de hacer caer en una emboscada francesa á una expedición de soldados ingleses. Después de él viene Bolingbroke, escéptico y cínico, ministro de la reina y del pretendiente, tan desleal con la una como con el otro, mercader de conciencias, de matrimonios y de promesas, un hombre que hizo derroches de genio en enredos y vicios, para acabar en la desgracia, reducido á la nulidad y blanco del desprecio. Viene, en fin, Walpole, expulsado de la Cámara como concusionario, primer ministro durante veinte años, y que se alababa de saber la tarifa de cada conciencia. «Hay miembros escoceses (decía Montesquieu en 1729) (1), que no tienen más que 200 libras esterlinas, y se venden por ese precio. Los ingleses no son ya dignos de su libertad. La venden al rey, y, si el rey se la devolviese, la venderían de nuevo.» Hay que ver en el diario de Dodington las artes ingeniosas de ese gran comercio. «Un día de votación difícil (dice el doctor King) Walpole se encontró en un tribunal con un miembro del partido contrario; le llamó aparte, y le dijo: «Dadme vuestro voto; aquí tenéis un billete de dos mil libras esterlinas.» El representante le dió esta respuesta: «Sir Roberto, últimamente habéis servido á algunos de mis

(1) Notas sobre su viaje á Inglaterra.

amigos íntimos, y la última vez que mi mujer vino á la corte el rey la recibió con mucho agrado, cosa debida, sin duda, á vuestra influencia. Yo me creería, pues, muy ingrato (y se metió el billete en el bolsillo) si os negase el favor que ahora os dignáis pedirme.» He aquí de qué manera hacia sus tratos un hombre de gusto. La corrupción se hallaba tan en las entrañas de las costumbres públicas y del estado político, que después de la caída de Walpole, lord Bute, que le había denunciado, tuvo que practicarla, y con creces. Su colega, Fox, transformó las oficinas del tesoro (*pay-office*) en un mercado, discutió su precio con centenares de miembros, desembolsó en una mañana 25.000 libras esterlinas. No se podía tener votos más que por dinero contante, y todavía, en las circunstancias críticas, esos mercenarios amenazaban con pasarse al enemigo, se declaraban en huelga, y pedían más. Y no hay que decir que los jefes se agenciaban su parte. Se venden ó se pagan en títulos, dignidades y puestos lucrativos; por conseguir que vaque una plaza se da al titular una pensión de dos, tres, cinco y hasta siete mil libras esterlinas. Pitt, el más íntegro de esos hombres políticos, el jefe de los que se llamaban patriotas, da y retira su palabra, ataca ó defiende á Walpole. propone la guerra ó la paz, todo ello por ser ó seguir siendo ministro. El duque de Newcastle, «la perfidia en persona», especie de caricatura viviente, el más torpe, el más ignorante, el más irrisorio, el más despreciado de los nobles es ministro treinta años, y primer ministro durante diez, á causa de su parentesco, de su fortuna, de las elecciones de que dispone y de los destinos que puede dar. La caída de los Estuardos ha puesto el gobierno en manos de algunas grandes familias que, por medio de diputados comprados y de

discursos sonoros, oprimen al rey, manejan las pasiones populares, intrigan, mienten, andan á la greña y tratan de escamotearse el poder.

Las costumbres privadas son tan excelentes como las públicas. Por lo común el monarca reinante detesta á su hijo; ese hijo contrae deudas, pide al Parlamento que le aumente la pensión, y se liga con los enemigos de su padre. Jorge I tiene presa á su mujer durante treinta y dos años, y se emborracha por las noches en casa de dos mancebas. Jorge II, que quiere á su mujer, tiene concubinas por darse aires de galán, y se regocija de la muerte de su hijo. Su hijo mayor (1) es jugador tramposo, y un día, en Hensington, viendo desde la ventana á Dodington, á quien había pedido prestadas 5.000 libras esterlinas, dijo: «Ese hombre pasa por una de las mejores cabezas de Inglaterra, y sin embargo, con todo su talento, acabo de soplarle 5.000 libras». Jorge IV es una especie de cochero, jugador, libertino escandaloso, apostador sin probidad, y á quien por poco expulsan del Jockey-Club á causa de sus mañas. La única persona honrada es Jorge III, un pobre zote que se volvió loco, y á quien su madre había tenido como enclaustrado durante su juventud, alegando por motivo la corrupción universal de las clases elevadas: «Todos los jóvenes (decía) son libertinos, y las jóvenes hacen la corte á los hombres, en vez de esperar que se la hagan». En efecto: el vicio está de moda, y no el vicio delicado como en Francia. «El dinero (escribía Montesquieu) es aquí soberanamente estimado; el honor y la virtud poco. El inglés necesita una buena comida, una moza y comodidades. Como no es bullicioso y se limita á eso, cuando no puede tenerlo

(1) Federico, muerto en 1751. *Memorias de Walpole*, t. I, página 76.

por mengua de su fortuna, se mata ó se hace ladrón.» Hay en los jóvenes una exuberancia de savia ruda que los hace tomar las brutalidades por placeres. Los más célebres se llamaban mohicanos, y tiranizaban á Londres por la noche. Detenían á los transeuntes y los hacían bailar pinchándoles las piernas con espadas; á veces metían á una mujer en un tonel y la echaban á rodar así por una cuesta; otros la ponían de cabeza con los pies en alto; otros aplastaban la nariz al desgraciado que cogían, y con los dedos hacían salir los ojos de las órbitas. Swift, los autores cómicos y los novelistas han pintado la bajeza de ese libertinaje bárbaro y soez, que conduce á la crueldad y acaba por la irreligión y el ateísmo (1). Ese temperamento violento y batallador necesita dedicarse á destruir orgullosa y audazmente lo que los hombres respetan y lo que las instituciones amparan. Atacan á los sacerdotes por el mismo instinto que los lleva á apalear á la ronda. Collins, Tyndall, Bolingbroke son sus doctores; la corrupción de las costumbres, el hábito de las traiciones, el choque de las sectas, la libertad de las discusiones, el progreso de las ciencias y la fermentación de las ideas parecen disolver el cristianismo. «No hay religión en Inglaterra (decía Montesquieu). Cuatro ó cinco de la Cámara de los Comunes van á misa ó al sermón de la Cámara... Si alguien habla de religión todo el mundo se echa á reír. Como un hombre dijese en mi tiempo: Yo creo eso como artículo de fe, todo el mundo se echó á reír.»

En efecto; la frase era provinciana, y trascendía á rancia. Lo importante era ser de buen tono, y es gracioso ver en Lord Chesterfield en qué consiste ese buen

(1) Personaje de Birtón en el *Jenny*, de Voltaire.

tono. De justicia y de honor, no habla más que de pasada y por fórmula; «Ante todo (dice á su hijo) tened modales.» Vuelve sobre el particular en cada carta con una insistencia, una afluencia y una cantidad de razones que forman un contraste estrambótico. «Mi querido amigo: ¿cómo van los modales, los atractivos, las gracias y todas esas menudencias tan imprescindibles para hacer amable á un hombre? ¿Las teneis? ¿Hacéis progresos en ellas?... Afinaos, no os limpiéis las uñas en sociedad, no os lleveis los dedos á la nariz, sentad bien los pies... El maestro de baile es ahora el más importante de todos... Sobre todo dejad á un lado la herrumbre de Cambridge... Me aseguran que la señora de... es linda como un querubín, y que, á pesar de eso, se ha conservado escrupulosamente fiel á su marido, aunque hace ya más de un año que está casada. Hay que cepillar á esa mujer. Cepillaos, pues, los dos recíprocamente.» Y un poco más adelante: «¿Qué os dice la señora de...? Para una intimidad afectuosa yo la preferiría á la señora de...; pero para un simple galanteo, daría la preferencia á la última. Todo eso puede arreglarse á la vez, porque lo uno no quita á lo otro.» Sed galante, diestro, desenvuelto; agradad á las mujeres; «las mujeres son las que ponen en boga á los hombres;» agradad á los hombres: «una flexibilidad de cortesano decidirá de vuestra fortuna.» Y le cita como ejemplos á Bolingbroke y á Marlborough, á los dos perdularios mayores del siglo. Así habla un hombre grave, antiguo ministro, árbitro de la educación y del gusto (1). Quiere despabilar á su hijo, darle el barniz francés, añadir á los sólidos conocimientos diplomáticos y á las grandes miras de ambición el porte

(1) *Cartas de Lord Chesterfield*.

atractivo, frívolo y vivaracho. Ese barniz, que en París es el color verdadero, no es aquí más que un pegote chocante. Esa cortesía trasplantada es una mentira, esa vivacidad una falta de seso, y esa educación mundana no parece á propósito más que para hacer cómicos y truhanes.

Así juzgó Gay en su *Opera de la Hampa* y la sociedad culta aplaudió con furor el retrato que de ella trazaba. Sesenta y tres noches seguidas se representó la obra en medio de una tempestad de carcajadas; las señoras mandaron escribir las canciones en sus abanicos, y la actriz principal, según se dice, se casó con un duque. ¡Qué sátira!

Los ladrones infestaban á Londres en tales términos que en 1728 la reina misma estuvo á punto de ser robada; habían formado partidas con oficiales, un tesoro y un jefe, y se multiplicaban, por más que se mandasen al patíbulo cada seis semanas «carretadas» de ellos. He ahí la sociedad que Gay saca á escena; en su sentir, nada tenía que echarla en cara la alta sociedad; era difícil distinguirlas: maneras, espíritu, conducta, moralidad, todo era semejante en una y otra.

«En cuestión de vicios corrientes, no se puede decir si los caballeros de los caminos reales imitan á los caballeros de buen tono, ó si los caballeros de buen tono imitan á los caballeros de los caminos reales.»

En qué se diferencia Peachum, por ejemplo, de un gran ministro? Es, como él, jefe de una cuadrilla de ladrones; tiene, como él, un registro para anotar los robos; recibe, como él, dinero á dos manos; manda, como él, prender y ahorcar á sus amigos, cuando sus amigos le estorban; se sirve, como él, del lenguaje parlamentario y de las comparaciones clásicas; tiene, como él, un aspecto grave, digno y se sulfura elocuente-

mente cuando se sospecha de su honor. Se dirá quizá que se pelea con su asociado por las ganancias y que le agarra por el cuello. Pero también sir Roberto Walpole y lord Toconshend se han enzarzado últimamente por una cuestión parecida. Oid las instrucciones que Peachum da á su hija; ¿no son exactamente las máximas de la gente de alto rango? «Tened amantes, señorita; una mujer debe saber ser mercenaria, aunque no haya ido nunca á la corte ó á una asamblea... ¡Cómo! ¿os casais con M. Macheath por la peregrina razón de que le amais? ¡Amarle! ¡amarle! Yo creía que la señorita estaba mejor enseñada. Mi hija debe ser para mí lo que una dama de la corte para un ministro de Estado, la llave de toda la cuadrilla.»

En cuanto á Mr. Macheath, es digno yerno de tal político. Si brilla menos en el consejo que en la acción, eso cuadra á su edad. Búsquese un oficialito noble que tenga parte mejor ó realice acciones más bellas. Roba en los caminos reales: eso es valentía; reparte el botín con los amigos: eso es generosidad. «Ya veis, señores (les dice): yo no soy un simple amigo cortesano que lo promete todo y no da nada. Allá se las hayan los cortesanos con sus fullerías; nosotros tenemos aun bastante honor para conservarnos puros en medio de las corrupciones del mundo.»

Aparte de esto, es un galán, tiene media docena de mujeres, una docena de hijos, frecuenta las casas de vida alegre, es amable con las beldades que encuentra allí, tiene desenvoltura, saluda bien y dirige á cada una su cumplido: «¡Señorita Slammekin, vos siempre con vuestro seductor abandono! Como todas las damas penetradas de su hermosura, gustáis vestir ligeramente. Señorita Jenny, dignaos aceptar un vasito.

—No bebo licores fuertes más que cuando tengo cólico.

—Precisamente la disculpa de las damas distinguidas: una persona de calidad siempre tiene cólico.

¿No es ese el tono exacto de la alta sociedad? ¿Y dudaréis aún de que Mr. Macheath es hombre de suposición, después de saber que ha merecido que le ahorquen y que no le han ahorcado? Ante esa prueba debe ceder todo.

Si todavía, no obstante, se quiere otra, Mr. Macheath añadirá que «en materia de conciencia y de moral rancia, no hay que ponerle á él con el vulgo; esas consideraciones le estorbarán tan poco, para medrar y gozar, como á los más grandes señores de Inglaterra.» Después de tales palabras, no hay más remedio que rendirse. Y no se hable de la hediondez de tales costumbres; ya se ve que no tiene nada de repulsiva, puesto que el público selecto se deleita con ella. Esas interioridades de cárcel y de lupanar, esos garitos, ese olor de aguardiente, esos tratos de Celestinas y esas cuentas de rateros, nada repugna á las damas, que aplauden en sus palcos. Esas damas cantan las canciones de Polly; sus nervios no se asustan de nada; han aspirado ya esos olores de tugurio en las églogas del amable poeta (1). Se ríen al ver á Lucía señalando su preñez á Macheath. Están familiarizadas con todas las lindezas de la medicina. Mistress Trapés expone su oficio delante de ellas, y se queja de tener once bellas clientes en manos del cirujano. Mr. Filch, inquilino habitual de las cárceles, dice que «habiendo quedado inválido el procreador favorito de hijos, él ha reunido algún dinero procurando embarazos á las damas de la casa para diferir sus sentencias.» Una vena atroz, agriada á fuerza de

(1) En esas églogas las damas refieren en estilo culto que sus amigas, tienen por amantes lacayos.

mordaz ironía, circula por la obra, como uno de esos arroyos de Londres, cuyas corrosivas hediondeces han descrito Swift y Gay; á cien años de distancia deshonra todavía á la sociedad que se salpicó y se miró en semejante cenagal.

## II

Pero eso no eran más que exterioridades, que no engañaron á los buenos observadores, como Voltaire, v. gr. Entre el cieno del fondo y la espuma de la superficie corría el gran río nacional que, purificándose por su propio movimiento, dejaba ya ver á ratos su verdadero color, para ostentar á poco la potente regularidad de su curso y la limpidez saludable de sus aguas. Circulaba en su lecho nativo; cada pueblo tiene el suyo y sigue su pendiente. Esa pendiente es la que determina el grado y forma de cada civilización, y la que hay que tratar de describir y medir.

Para eso no tenemos más que seguir á los viajeros de los dos países que en este momento atraviesan la Mancha. Jamás Inglaterra ha mirado é imitado más á Francia, ni Francia á Inglaterra. Para ver las distintas corrientes en que se deslizaba cada una de las dos naciones, no había más que abrir los ojos. En París, decía lord Chesterfield á su hijo, buscad la conversación culta: «versa sobre alguna cuestión de gusto, sobre algunos puntos de historia, de crítica y hasta de filosofía, que cuadran más en seres juiciosos que las disertaciones inglesas sobre el tiempo y el whist» (1). En efecto: nosotros nos hemos civilizado

(1) Véase, por contraste, en las obras de Swift, un facsímile de la conversación inglesa: *Essay on polite conversation*.